

3. TRASCENDENCIA DEL PROBLEMA HERMEUTICO PARA EL MOVIMIENTO ECUMENICO

Relación de Bristol , 1967

La IV Conferencia Mundial de Fe y Constitución de Montreal en 1963 había solicitado una clarificación de los problemas de la exégesis e interpretación bíblicas. Por ello el Secretariado de Fe y Constitución, en colaboración con la Sección de Estudios, organizó una consulta preparatoria sobre estos problemas en Bad Schauensburg, cerca de Basilea, en 1964. El presidente de la consulta, prof. Erich Dinkler, informó a la Comisión de las discusiones y presentó un documento para el estudio del tema (*Aarhus Minutes*, FO Paper, n. 44 [Ginebra 1965] 61-69). En su reunión de Aarhus en 1964, la Comisión de Fe y Constitución autorizó el estudio del problema hermenéutico.

Posteriormente se formaron cinco grupos regionales: uno en Alemania y Holanda, otro en Gran Bretaña, dos en los EE. UU. de América y uno en Francia y Suiza. Se pidió a cada grupo que estudiara pasajes determinados de la Biblia y que analizara los principios hermenéuticos utilizados en su exégesis e interpretación. En la primavera de 1967 los cinco grupos enviaron sus recomendaciones (las relaciones de los grupos están en los Archivos del CEI, FO/ 67, 200, que fueron resumidas y analizadas por el prof. James Barr (Archivos del CEI, FO/67, 25). En una reunión final en Heidelberg, a la que asistieron miembros de cada grupo, se elaboró la rela-

ción final. Esta fue presentada a la Comisión de Fe y Constitución en su reunión de Bristol en 1967 y publicada a continuación en *New Directions in Faith and Order. Bristol 1967* (FO Paper, n.50 [Ginebra 1968] 32-41).

SECCION I: EL PROCESO HERMENEUTICO

I. INTRODUCCION

Existe un método de investigación exegético generalmente aceptado por los exegetas, que tiene considerable influencia en la Iglesia y con el que ésta se encuentra en deuda. No es fácil describir en su totalidad un método tan complejo. No obstante, lo que sigue es un intento de señalar algunos de los procedimientos que emplea y sus razones para ello. Tales métodos no consisten en reglas, entendidas en el sentido de que su observación conducirá con total seguridad a los resultados apropiados; es posible lograr resultados importantes inclusive ignorándolos. Pero se puede decir, hablando en términos generales, que son métodos usados por la exégesis mejor y más especializada y que la interpretación que no está basada en ellos debe ser considerada con gran cautela. En este sentido podrían considerarse reglas.

La Biblia contiene un conjunto de documentos literarios y debe ser estudiada con los mismos métodos utilizados en el estudio de otros documentos literarios. Todo pasaje de la Biblia debe ser investigado para su interpretación tanto en su contexto más amplio, como en el más cercano. El contexto más cercano puede ser una narración, un capítulo o un simple pasaje. El contexto más amplio puede ser, p. ej., toda la obra de un autor bíblico, un libro completo o inclusive un género literario bíblico, como la sabiduría o la apocalíptica. Un pasaje debe ser relacionado también, si es posible, con el contexto social de Israel o de la Iglesia en que éste era usado. Sostenemos por esa razón que es necesario el método histórico-crítico.

La Biblia es en la mayoría de sus partes producto de un proceso histórico. Su existencia fue posible a través de acontecimientos históricos y de experiencias, así como por la reflexión acerca de todo ello. Tradiciones y escritos fueron transmitidos en Israel y en la Iglesia pri-

mitiva, y a lo largo de períodos de tiempo muy prolongado se recombinaron entre sí, escribiéndose de nuevo y reinterpretándose a la luz de situaciones históricas posteriores. Por esa razón es necesario rastrear este proceso histórico para comprender plenamente el texto actual. Al hacer esto podemos encontrar los sucesivos estratos de la tradición, cada uno de los cuales tiene su trasfondo histórico concreto que debemos distinguir para su plena comprensión. En consecuencia mantenemos que es necesario el método histórico-crítico.

II. UNIDAD Y DIVERSIDAD

La Biblia contiene una colección de numerosas tradiciones literarias diversas, cuyos contenidos se hallan a menudo en tensión entre sí. La diversidad constituye uno de los principales problemas para la comprensión teológica de la Biblia. Algunas veces las diferencias se explican mediante la aportación de aspectos complementarios de la verdad, pero otras, en la medida de nuestro conocimiento, pueden resultar realmente contradictorias. Cuando las posturas aparecen como complementarias, muestran la riqueza de la verdad bíblica. Cuando son, en la medida de nuestro conocimiento, realmente contradictorias, ello puede deberse a desacuerdos teológicos reales dentro del mismo período bíblico o puede haber sido ocasionado por situaciones sociales e históricas diferentes. Las dificultades que todo esto plantea a la teología sistemática no hemos podido resolverlas.

(P. ej., la tradición particularista de Esdras y el universalismo de algunos de los profetas o la distinta concepción de los oficios eclesiásticos en Pablo y en las cartas deuteropaulinas pueden considerarse, de alguna manera, complementarias. Por otra parte, el concepto de providencia en Crónicas y en el libro de Job, o la manera en que se concibe el futuro de Israel en 1 Tes 2, 14-16 y Rom 11, 25 ss. son, en la medida de nuestro conocimiento, contradictorios. Incluso ciertas afirmaciones cristológicas del Nuevo Testamento se hallan algunas veces en tensión: cf. p. ej., Rom 1, 3s., Mateo 1, 8ss. y Juan 1, 1ss.).

Es importante no minimizar las diferencias y contradicciones. Aunque la teología debe esforzarse en último término por presentar

una visión de conjunto de la verdad bíblica, es esencial que se evite una armonización forzada. Sólo tras el examen de los textos y de lo que contiene en sí mismo podemos pasar a construir una estructura compleja mediante su combinación o incluso decidir a favor o en contra de un concepto. Esto se aplica tanto a la teología sistemática como al uso práctico de la Biblia en la Iglesia.

La diversidad de ideas dentro de la Biblia refleja la diversidad de las acciones de Dios en situaciones históricas distintas y la diversidad de respuestas humanas a las acciones divinas. Es importante que el exegeta no se apegue en exceso a una faceta del pensamiento bíblico, no importa cuán esencial crea que es, para evitar que este apego le distancie de esta variedad y riqueza. Aunque la verdad en Cristo es una, el testimonio histórico de la misma es múltiple.

Hay una variedad de tradiciones eclesíásticas que en algunos de sus aspectos pueden relacionarse con la diversidad de tradiciones presente ya en la Biblia, a las cuales nos hemos referido en la primera parte de nuestra relación. En ese caso, la búsqueda de la unidad entre estas tradiciones eclesíásticas implicará la aprobación de la unidad del Evangelio tal y como viene reflejada en la pluralidad del testimonio bíblico individual.

Es peligroso el citar textos aislados como textos probatorios, tal y como a menudo se ha venido haciendo. Pequeñas unidades literarias no pueden ser usadas legítimamente sin probar o examinar sus funciones como partes de conjuntos más extensos. No obstante, hay ciertas frases que, tras probarse su congruencia con la orientación de unidades más extensas, pueden tomarse como buenos sumarios o epítomes de ideas significativas. En esos casos es legítimo citarlas como tales.

III. EL PROCESO DE INTERPRETACION.

El texto original

La forma más primitiva del texto bíblico debe ser fijada lo más precisa y cuidadosamente posible. El propio texto de la Biblia ha experimentado una transmisión histórica, y ya no existen los manuscritos originales. Por ello resulta crucial el que se escrute con sumo cui-

dado la historia textual, y que la exégesis sea hecha con conciencia de ello. No se deberían descuidar sin más posteriores desarrollos textuales que pueden tener una importancia real, porque pueden indicar las formas en que era interpretado el material en su forma textual primitiva.

(En Lc 2, 27. 33. 41. 48 se habla de José como padre de Jesús. En las variantes textuales las palabras «padre» (*father*) y «padres» (*parents*) son cambiadas, indicación de que estos términos se consideraban ofensivos a la vista de la virginidad de María).

Sobre traducciones nuevas

La interpretación científica de la Biblia depende del conocimiento de las lenguas en que la Biblia fue escrita, básicamente el hebreo y el griego. Ninguna traducción, p. ej. la Vulgata, la versión del Rey Jaime, o la de Lutero, tiene autoridad definitiva, y deben hacerse de tiempo en tiempo nuevas traducciones. Entre otras, por estas razones: 1) el progreso de la crítica textual; 2) los cambios en el significado de las palabras; 3) los cambios que se dan en la manera de traducir. La diversidad de nuevas traducciones y de los ambientes culturales en que son hechas, revelan no obstante con mayor claridad la necesidad del texto y las lenguas originales como punto de encuentro para todos los investigadores. Recomendamos por ello que todas las iglesias tengan en su seno un número adecuado de personas que estén en condiciones de tener un contacto real con las lenguas originales.

(Una de las razones por las cuales las iglesias hoy solicitan nuevas traducciones puede ser el deseo de hacerlas en colaboración con diversas denominaciones cristianas. Aplaudimos y recomendamos calurosamente esto, pues estamos convencidos de que contribuirá a la causa ecuménica).

Significado y significados

Al tratar un pasaje se distingue a menudo entre elementos «históricos» y «ahistóricos», o entre elementos «genuinos» y «no genuinos». A pesar de que esta terminología es, como reconocen los inves-

rigadores, discutible y ambigua y posiblemente sea preferible descartarla, señala una distinción necesaria. Esto, no obstante, no debería implicar un juicio de valor, como el sugerir que tan sólo lo «histórico» o lo «genuino» puede ser usado con confianza. Lo «ahistórico» puede iluminar lo «histórico», el pasaje «no genuino» puede proporcionar un complemento útil o una interpretación del «auténtico».

(En la historia del envío de espías a Canaán, la exageración ahistórica del tamaño de las uvas, Núm. 13, 24, magnifica la tierra promerida por Dios. La adoración ahistórica de los Magos en Mateo 2, apunta hacia la trascendencia universal de Cristo).

Cuando la investigación discierne varios estratos en un documento o pasaje –alguno de los cuales puede provenir de un estadio primitivo o preliterario, al tiempo que otros están cuidadosa y reflexivamente desarrollados, y aun otros pueden ser glosas posteriores o adiciones– todos estos estratos deben ser trabajados, dado que uno de ellos o todos pueden tener relevancia teológica. Cada estrato puede indicar cómo otro más antiguo era interpretado posteriormente, y así un pasaje puede encerrar uno o varios significados.

(P. ej., la redacción cúllica posterior de salmos individuales concretos, las promesas de salvación añadidas con posterioridad a las amenazas del Deuteronomio, los pronunciamientos de juicios en los profetas. Cf. también la cuestión de los sacramentos y la escatología en el cuarto Evangelio).

Aún cuando no hubiere estratos de este tipo, puede resultar necesario reconocer que algunos textos contienen diversidad de significados y no solamente uno. Debemos por esa razón proceder con cautela antes de hablar del significado de un pasaje.

(P. ej., la parábola del hijo pródigo, tal y como viene relatado en Lc. 15, 11-32, puede contener varios centros de significado, tales como el pecado y arrepentimiento del hijo más joven, el perdón y la amante solicitud del padre, la alegría de éste, la actitud del hermano mayor y la relación entre ambos hermanos. No debería decirse que uno de éstos es el centro de significado en torno al cual gravita la historia).

La Biblia hace un uso extenso de símbolos y de imaginaria. Las ideas expresadas, por esa razón, son a veces de tal naturaleza que no pueden ser expresadas sino en símbolos e imágenes y puede ser distorsionador el tratar de expresar su sentido en términos conceptuales. Los términos conceptuales pueden convertir el sentido en algo excesivamente estrecho y limitado. Por otra parte, el uso del lenguaje simbólico no siempre es bien conocido. Por eso el estudio comparativo del uso general de un símbolo concreto en las diferentes culturas puede contribuir a una clarificación de lo que es básico y esencial en el mismo, haciendo así posible su apropiación por parte del hombre moderno.

(P. ej., la «sangre» en expresiones como «redención» o justificación por medio de la «sangre de Cristo», es un símbolo que si es tomado en su literalidad de nota una concepción mágica. Este símbolo de la sangre en el Nuevo Testamento puede ser comparado con sus equivalentes en otras religiones para descubrir un denominador común en los diversos usos del símbolo, delimitando así cuál es su intención básica).

La exégesis científica debe mostrar interés por los detalles y minucias de la Biblia, porque éstas son cruciales para captar el sentido de conjuntos más extensos. La comprensión demanda una apreciación equilibrada de la interrelación entre la totalidad del texto y sus partes, entre los detalles minuciosos de cada elemento y el efecto o impacto del todo. Sucede a menudo que se consigue una penetración en armonía con el texto por medio del estudio de las minucias.

La investigación secular

Gran parte del proceso así descrito, inclusive casi todo él, puede ser usado por cristianos y no cristianos. Mientras que la implicación personal de los cristianos les ayuda a ver las honduras de significado teológico del texto, es también cierto que la pasión puede cegarnos. El desapego de los no cristianos puede ser creativo y constructivo.

Además de la teología, otras formas de conocimiento pueden ser de gran utilidad para el estudio de la Biblia. P. ej., algunas de las «reglas» exegéticas afirmadas anteriormente se ven reforzadas al compararlas con algunos de los métodos usados en el estudio de la literatura.

tura secular. La crítica literaria afirma que una parte sólo tiene significado cuando es situada en el transfondo del todo, y que la relación del pasaje con la totalidad del texto aporta nuevos significados que no aparecerían caso de que se considerara el texto aislado. Por esa razón sugerimos que el estudio tenga en cuenta el trabajo hecho por los intérpretes de otros tipos de literatura. Quisiéramos destacar asimismo las contribuciones que la historia, la lingüística y la filosofía pueden aportar; el exégeta bíblico debería hacer uso de la investigación de aquellos que trabajan en esos campos.

La Filosofía merece una mención particular, porque la Iglesia no sólo se dirige al mundo exterior a ella, sino que de él recibe categorías de pensamiento que debe usar para comprender y expresar su propio mensaje. El estudio serio de estas categorías puede capacitar-nos para evitar que se conviertan en dominantes de forma nociva, facilitando también la trasposición de nuestro pensamiento de un sistema de categorías filosóficas a otro.

(P. ej., quienes usan términos heideggerianos para expresar el mensaje cristiano, los que se mueven en torno a la tradición de la escuela del análisis lingüístico de Wittgenstein, o quienes usan categorías fenomenológicas, no entienden a menudo el lenguaje de los otros. Al explicar las categorías filosóficas con mayor amplitud, se hace evidente algunas veces que cada grupo está expresado la misma idea, aunque con categorías diferentes, o cuando menos se aprecia que no estaban tan alejados en sus posiciones como parecía en un principio, aunque también puede darse el caso contrario).

Preguntas que suscita el texto

La lectura de un texto bíblico (como la de cualquier otro) nos conduce a una cierta comprensión inicial de su significado. La tarea del intérprete es discutir y elaborar esta comprensión inicial y corregirla si fuere necesario, para que el mismo texto nos hable con mayor profundidad. Por esa razón, el propio texto puede sugerirnos cuestiones para una penetración posterior de su sentido. Al usar tales cuestiones suscitadas por el texto para interrogarlo, deben observarse los siguientes puntos: 1) no toda cuestión suscitada será necesariamente

apropiada o conveniente cuando haya que reexaminarla junto al texto. En tal caso la cuestión no ahondará nuestra comprensión y debe ser descartada; 2) la riqueza de un pasaje se manifiesta en que puede suscitar una gran variedad de cuestiones posibles; 3) el seguimiento de toda cuestión apropiada conduce a una mejor comprensión del texto desde un aspecto concreto. Pero, dado que en este proceso otros aspectos quedan necesariamente oscurecidos, cada cuestión significa a la vez una limitación de nuestra comprensión. Si ha de comprenderse el texto en su totalidad, debe ser investigado a través de varias cuestiones.

(Romanos 9-11 sugiere varias cuestiones legítimas acerca de la Iglesia e Israel, de la elección y reprobación, sobre la justicia de Dios, la tensión en el interior de Pablo entre su ser judío y cristiano, sobre la misión, etc.).

Preguntas hechas al texto

Hay cuestiones que no surgen de los propios textos bíblicos, sino que son hechas al texto bíblico por nosotros desde nuestra propia perspectiva. Las respuestas serán tanto más adecuadas cuanto más se sitúen las preguntas en el campo de visión de los escritores bíblicos. Sin embargo, cuando acudimos al texto bíblico con preguntas que nos vienen sugeridas sólo por nuestra situación y que son extrañas a los escritores, la Biblia sólo nos dará respuestas indirectas o, a veces, ni siquiera eso, no responderá en absoluto.

(Muchos textos dan respuesta directa a la cuestión de cómo debe ser considerada la relación entre Dios y el hombre; pero sólo pueden encontrarse respuestas indirectas acerca de cuestiones como el significado del trabajo o de la sexualidad).

Comprensión previa

Todo estudio de la Biblia se ve afectado por nuestros conocimientos y comprensiones previos. Sin esta comprensión previa que está tomada de nuestra experiencia pasada o del estudio y la reflexión, seríamos incapaces de organizar cualquier percepción recibida. Pero esta comprensión previa, debido a que nos inclina a esperar ciertos resultados que se seguirán, y debido a que enmarca de alguna ma-

nera nuestras preguntas, es también fuente de dificultad y error. Esto acontece tanto en la exégesis científica en general, donde la investigación se apoya en ciertas tradiciones investigadoras, como aún más en el uso que se hace de la Biblia para iluminar o solucionar problemas éticos o teológicos concretos. El estudio de la Biblia debe por ello comportar una voluntad de cuestionar y revisar nuestras comprensiones previas.

(Para comprender el significado de una frase como «Dios amó al mundo», debemos tener una comprensión previa de lo que «Dios», «amor» y «mundo» significan. Cuando se pregunte la cuestión de qué dice la Biblia acerca de la «inmortalidad del alma», puede darse el caso de que la pregunta así formulada no sea apropiada, y que deba reformularse a la luz de los datos bíblicos).

IV. LA BIBLIA Y LA PREDICACION Y ACCION DE LA IGLESIA

Debe tenerse en cuenta que el Evangelio del que la Iglesia da testimonio fundó la Iglesia. La Biblia es un hecho dado en la Iglesia. La vida de la Iglesia ha influido siempre en su comprensión y, recíprocamente, la comprensión de la Biblia ha influido a su vez en esa vida de la Iglesia. Para que en el futuro la Biblia siga conservando este saludable apoyo en la Iglesia, el trabajo interpretativo debe seguir siendo tan científico y cuidadoso como sea posible. No obstante la relación entre la exégesis bíblica y la predicación y acción de la Iglesia es un proceso indirecto que no puede ser determinado por medio de reglas metodológicas. Aplicar directamente los resultados de la exégesis a la enseñanza y práctica eclesiales es raramente posible o deseable. Pero es importante que exista una continua y clara interacción entre la exégesis hecha de forma responsable y la misión, el culto y la enseñanza de la Iglesia.

SECCION II: ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES

I. ¿HASTA QUE PUNTO DIRIGEN LAS TRADICIONES CONFESIONALES EL PROCESO HERMENÉUTICO?

En la declaración de la IV Conferencia Mundial de Fe y Constitución las diferentes posturas con respecto a la relación entre las Sagradas Escrituras y cualquier interpretación de ésta, se describían sobre todo en el ámbito de las confesiones cristianas existentes*. En el decurso de nuestro examen de la cuestión nos ha parecido que la situación es más compleja y que esta complejidad puede tener consecuencias tanto positivas como negativas. En concreto se propusieron las dos siguientes consideraciones:

1. En el transcurso de su trabajo exegético los investigadores descubren que sus opiniones, a veces, no representan tan plenamente los puntos de vista confesionales que ellos mismos suponían tener o que tenían al comenzar la tarea. Esto puede deberse a que al hacer la exégesis descubren que las Escrituras son de tal naturaleza que: a) debe reconocerse la validez de otros puntos de vista y principios de interpretación no propios, los cuales responden también al carácter de las mismas Escrituras; y b) que son incapaces de afirmar sus propios principios de interpretación de forma que aparecen claramente como evidentes por sí mismo, o concluyentes, o superiores a los de los demás. Así, mientras que la naturaleza diversa de las Escrituras es tal que obliga a todo exegeta a tener algunos principios provisionales de interpretación antes de iniciar su tarea, es cuanto menos dudoso que se pueda afirmar de un principio interpretativo que sea un instrumento obligatoriamente aplicable en todas las circunstancias.

2. Puede darse que aspectos concretos de las Escrituras sean puestos de relieve y exijan una atención especial, no en razón de un punto de vista confesional, ni como resultado de la aplicación de principios interpretativos, sino debido a una situación histórica

* Cf. Montreal, n. 55.

concreta que se ha desarrollado a la cual los cristianos debemos hacer frente.

II. TRADICION, ESCRITURA E IGLESIA

La Conferencia de Montreal usó la siguiente fórmula: «Podemos decir que existimos como cristianos por la Tradición del Evangelio (la *parádosis* del *kerygma*) testimoniada en la Escritura, transmitida en el seno de la Iglesia y, por ella, mediante el poder del Espíritu Santo» (Montreal, n. 45). Esta frase expresa un acuerdo que todos podemos apoyar. No obstante permite diferentes posturas posibles. Aceptando esta afirmación, la relación entre Escritura e Iglesia puede, sin embargo, ser entendida diversamente según el énfasis que se ponga sobre los varios elementos de la frase. Este puede ser el caso especialmente cuando se plantea una pregunta sobre la relación entre lo que dice la Biblia y algún problema contemporáneo concreto acerca del cual debe la Iglesia intentar decir lo que piensa.

En el transcurso de la exégesis y la discusión han surgido tres posturas que pueden ser formuladas sumariamente como siguen:

1. Para algunos las Escrituras deben ser consideradas como la norma única de la verdad, estando la Iglesia en dependencia absoluta de ella. Para conocer la verdad los cristianos deben recurrir exclusivamente a este testimonio primario, tal y como éste les ha sido transmitido por la Iglesia. Los principios interpretativos más importantes serán dictados por la propia Escritura, aunque sea difícil descubrirlos o afirmarlos. Exégesis, interpretación y aplicación de la Escritura son por ello de importancia decisiva para establecer el testimonio cristiano actual, aunque en tal aplicación las afirmaciones de la Escritura no deben ser tomadas siempre de forma directa o sin adaptaciones, y aunque acerca de algunos problemas ésta tenga poco o nada que decir.

2. Otros acentúan más bien el hecho de que la Escritura es producto de la misma tradición que ha perdurado en la vida de la Iglesia. Es su expresión verbal, si bien no contiene la plenitud de la verdad. Precisa ser leída en el contexto de la tradición cristiana gene-

ral que halla expresión asimismo en los sacramentos, los credos, el pensamiento cristiano, y en los valores culturales derivados indirectamente de la Escritura. La interpretación de las Escrituras acorde con reglas hermenéuticas es una parte necesaria de la tarea de la Iglesia, dado que su vida y pensamiento deben estar en «consonancia con la Escritura» (se entiende esto del modo que sea), pero ello debe llevarse a cabo en el contexto de la vida total de la Iglesia. La verdad de la Escritura no será la suma total de los resultados de la exégesis, dado que éstos se incorporan a la vida y al discurso cristiano sólo a través de una forma concreta de tradición y práctica cristiana.

3. Todavía otros insistirán en que la Escritura es sólo un elemento dentro de un abigarrado complejo de verdad cristiana. Acompaña la vida de la Iglesia y debe ser tenida en cuenta junto a otros factores por medio de los cuales la verdad nos viene mediada, tales como la evolución del pensamiento humano, el desarrollo cultural, lo que las iglesias han entendido de las perspectivas bíblicas, y quizá otros muchos. Que el texto bíblico sea el punto de partida para discutir todo problema no es algo dado por supuesto, sino que debe probarse en cada caso. La predicación, la teología dogmática y los pronunciamientos de la Iglesia deberían interesarse por lo que los cristianos han de creer hoy. Mientras se llega a esto, la Tradición de la Iglesia será importante y la Escritura tendrá siempre un puesto central como expresión del pensamiento de la Iglesia, si bien dentro de los límites de la época en que tuvo origen. Pero esto no significa que cualquier formulación concreta lograda o cualquier comprensión de esos acontecimientos tenga al final autoridad. La Iglesia está en diálogo con la Escritura pero ha sido alimentada por muchas fuentes, a la luz de las cuales las afirmaciones bíblicas pueden resultar inadecuadas o erróneas, o «carentes de sentido», a menos que sean modificadas por la verdad llegada de esas otras fuentes.

Ninguna de estas posturas es sostenida exclusivamente. Hay énfasis divergentes y unos deben ser vistos en relación con los otros. No obstante, en la práctica pueden conducir a diferentes conclusiones. Las preguntas siguientes pueden indicar su interrelación:

1. Quienes acentúan exclusivamente la autoridad de las Escrituras, ¿derivan realmente su posición de esta única fuente?

2. ¿Cómo identifican la verdad cristiana aquellos que hablan de la vida de la Iglesia?

3. ¿Cómo se distingue entre los elementos que en la historia cristiana revelan la verdad de Dios y los que no la revelan?

III. LA DIVERSIDAD EN LA BIBLIA Y EL MOVIMIENTO ECUMENICO

El desarrollo actual de la hermenéutica tiene un impacto concreto en las expectativas del movimiento ecuménico, especialmente en el representado por el CEI. Cuando se fundó el CEI había una firme esperanza, confirmada por los hechos, de que en las diversas iglesias y facultades de Teología la Biblia sería leída cada vez más bajo unas mismas pautas, ofrecidas por el desarrollo de la llamada «teología bíblica» de aquella época. En su corriente principal la Biblia era concebida como una unidad, cuyo centro eran las acciones salvíficas divinas interpretadas por una comunidad más o menos armónica de testigos. Se hallaba en la Biblia un mensaje común que parecía arrojar luz sobre todo tipo de problemas con que se debate el hombre moderno.

Hoy, dos décadas más tarde, la atención se ha desplazado cada vez más hacia la diversidad e inclusive la contradicción entre los escritos bíblicos. Los exegetas investigan los diferentes «contextos vitales» de los distintos escritos y las consiguientes interpretaciones distintas de la salvación. Como consecuencia la esperanza de que las iglesias llegaran a poseer en un futuro inmediato una base para la comprensión del único mensaje bíblico se ha ido desvaneciendo, hasta el punto de que para algunos los nuevos desarrollos hermenéuticos parecen minar la razón de ser del movimiento ecuménico.

No obstante estos desarrollos pueden también contribuir a una comprensión más profunda de la unidad. Por supuesto que las diferencias entre las iglesias se deben tan sólo en parte a diferencias en la comprensión del Evangelio. Con frecuencia son más importantes factores no teológicos que las diferencias hermenéuticas. Pero en cuanto nuestras divisiones confesionales están relacionadas con lecturas divergentes de las Escrituras, el debate hermenéutico nos ayuda a ver qué diferencias similares se hallan a su vez en los propios libros

canónicos. La constatación de las diferencias en el seno de la propia Biblia nos puede conducir a una comprensión más profunda de nuestras divisiones, ayudándonos a interpretarlas del modo más abierto posible y a legitimar diversas interpretaciones del mismo y único Evangelio.

Así, el hecho de que los exegetas bíblicos estudien los problemas de la diversidad y la unidad a un nivel más profundo que antes, puede constituir un avance importante para el movimiento ecuménico; y una de las tareas teológicas más importantes puede ser la de sacar las conclusiones legítimas a partir de la constatación de que el canon bíblico mismo testimonia la unidad y la diversidad ya en los comienzos de la Iglesia.